

REFLEXIÓN SOBRE EL ESPÍRITU SANTO POR LA SIERVA DE DIOS MADRE MERCEDES DE JESÚS

Efectuada ya la redención, es el Espíritu Santo quien se hace presente a los Apóstoles y pone en marcha la Iglesia impulsándolos a la predicación. San Lucas nos cuenta la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y termina diciendo: “Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu Santo les movía a expresarse” (Hch 2, 1 – 4). Así se lo había prometido Jesús: “el Consolador, el Espíritu Santo, el que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todo y os recordará cuanto os he dicho” (Jn 14, 26).

Y así fue haciéndolo en las primeras comunidades cristianas, como nos narran los Hechos de los Apóstoles: “Acabada su oración, tembló el lugar en que estaban reunidos, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y anunciaban con libertad la palabra de Dios” (Hch 4, 31). Hecho que se repetía con frecuencia ocasionando con esto el crecimiento de la Iglesia.

El Espíritu Santo iba delante. Escuchemos: “Hablaban aún Pedro, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban sus palabras. Todos los fieles circuncisos que habían venido con Pedro se maravillaban de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar lenguas y glorificar a Dios”. Dijo entonces Pedro: “¿Puede acaso alguien negar el agua del bautismo a éstos, que recibieron el Espíritu Santo como nosotros?” (Hch 10, 44 – 46). ¿Veis cómo se adelantaba la *Acción* de Dios o Espíritu Santo a la acción de los hombres en la expansión de su Iglesia?

Y miremos también cómo fortalecía, iluminaba y llenaba de gozo a los seguidores de Cristo: “Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hch 13, 52), enseñándoles, consecuentemente y como agente del amor divino, a acoger en su corazón a todos los que el Padre acogía, que eran todos los hombres creados por él. Dice así el texto de los Hechos: “Y Dios, conocedor de corazones, testificó en su favor, dándoles el Espíritu Santo, como a nosotros; y no ha hecho diferencia alguna entre ellos y nosotros, purificando sus corazones con la fe” (Hch 15, 8 – 9).

Así quiere enseñarnos y alentarnos a nosotros en la respuesta que hemos de dar a su “llamada” divina. Oigamos: “Igualmente también el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos qué pedir para orar según conviene; porque el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rom 8, 26).

Por eso hace que le pidamos al Padre así: “Bésemme con el beso de su boca”. “Bésemme con su beso”; sí, para que este mismo Espíritu Santo que ha fecundado todo el cosmos con la creación, que ha engendrado en María al Hijo de Dios, que ha impulsado el ministerio del Redentor y la vida de su Iglesia, nos lleve a vivir el amor y el espíritu filial hasta la cima de la perfección. Sí, porque “cuantos son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios (y él es el que nos puede hacer volver a llamar a Dios Padre). ¡Abba! ¡Padre! El mismo Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rm 8,14-17).

“El que nos formó para este destino es Dios, que nos dio por arras su Espíritu” (2 Cor 5, 5). Por eso quiere que se lo pidamos ahora con este lenguaje tan cercano y cariñoso. ¿Veis cómo su misma Palabra emplea las palabras “arras” y “beso” para expresarnos el amor que nos tiene y la vinculación esponsal que él ha establecido con nosotras y que quiere llevar a cabo a través de su Espíritu Santo? Así vuelve a repetírnoslo: “habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef 1, 13b).

No perdamos este don. Esforcémonos. Hagamos caso de lo que nos dice el Apóstol: “vosotros haced que la unción que habéis recibido de él permanezca en vosotros” (1 Jn 2, 27).

En nadie mejor que en nuestra Madre Inmaculada podemos comprobar los efectos que causan el “beso” de la boca del Padre o acción del Espíritu, en quien lo recibe. María, la siempre Pura, la siempre Santa, la siempre Inmaculada, nos muestra, en el sol de su creación que se

mantuvo en todo su esplendor durante toda su vida, la eficacia de este beso santo de Dios, que también brilló en nuestra creación, y que, ahora, el divino Espíritu quiere retornarlo a su primigenio esplendor de santidad.

Y, ¡cómo lo hace! Con una constancia incansable; con un afán infinito; con un amor invencible; con una dedicación plena; con una paciencia inacabable; con un gozo inconmensurable por su parte; con un anhelo inagotable; con un celo amoroso inefable, como celo de Dios, que no le deja descansar, porque su esencia divina santa y santificadora no se lo permite mientras encuentre un corazón con la más tenue voluntad de ser de Dios.

Sí, y no estamos diciendo nada, porque, ¿quién pude medir el abismo del mar? Pues más inmenso es el amor del Espíritu Santo hacia nosotros y su deseo de santificarnos. Él es la Fuerza del bien, la Fuerza del amor, la Fuerza de la santidad. Y como su naturaleza le impulsa a comunicarnos su amor, su santidad y a hacernos bien, el *mayor bien* nos lo hace tratando de descubrir en nuestro comportamiento al mismo Hijo de Dios que él engendró en el seno purísimo de María (Lc 1, 35) y de modo distinto en nuestra alma por el bautismo; y lo hace de tal modo, que ni la fuerza de gravedad de la tierra se le puede comparar, porque es Fuerza de Dios amando y buscando en nuestra alma la imagen del Hijo, que es Dios como él; es Fuerza de Dios realizando el designio del Padre de hacernos conforme a la imagen de su Hijo (Rom 8, 29), por tanto es Fuerza de Dios amándose a Sí mismo en este misterio adorable de nuestra justificación. ¡Oh, qué verdad es que su amor a nosotros es más potente que el oleaje del mar, más que el fragor de aguas caudalosas” (Sal 92, 4 – 5), y “más dulce que la miel de un panal que destila”! (Sal 18, 11).

¿Y su ternura? ¿Quién podrá contarla? ¿Quién podrá hablar de la ternura del Espíritu Santo trabajando nuestra alma tan amada por él? ¡Nadie! Pero recuerdo algo que leí hace tiempo que nos puede evocar un poco la ternura de la acción divina del Espíritu, del beso de la boca del Padre en nuestra alma. Se trata de la conmovedora ternura y unción santa con la que un padre cristiano de los primeros siglos besaba el pecho a su hijito recientemente hecho cristiano, porque sabía que en él residía la adorabilísima Trinidad, por el Bautismo.

Algo así, pero con una ternura infinitamente mayor, el divino Espíritu besa nuestra alma, tratando de descubrir en ella, con su unción santísima, los resplandores divinos del amado Hijo de Dios que subyacen en el fondo del alma desde nuestro bautismo, pero que el caparazón de nuestros pecados personales los oculta. Nuestra grandiosa vocación es “ser conformes a la imagen del Hijo de Dios”. ¡Ser imagen y semejanza de Dios! El Espíritu divino lo sabe y sabe que su misión es impulsar la transformación de nuestro egoísmo en el amor puro y limpio de nuestra creación. ¡Oh, si entendiésemos con qué afán divino, a pesar de nuestra torpeza que parece no tener en cuenta, el divino Santificador nos trabaja para arrancarnos de nuestra mente de pecado y pasarnos a la suya de santidad impulsando nuestra voluntad hacia las buenas obras y el deseo de vida interior, hacia la altura de lo sobrenatural!

Entender esto, esta acción divina siempre pura y purificadora del Espíritu que tiende a agrietar nuestro pecado para que aparezca en nuestro comportamiento la divina Perla, Cristo, sería un éxito para él y para nosotras. Porque, dejado el pecado por nuestra parte, entraríamos en la práctica luminosa de la vida evangélica con autenticidad. Y, cumpliendo los mandatos de Cristo fielmente como prueba de amor, se cumpliría en nosotras lo que nos dijo Jesús: “Mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23). ¡Nos habitaría Dios con un amor de amistad inefable, pues que su santidad divina nos invadiría!

¿Puede haber cosa más amable y más beneficiosa para todos que nuestra santificación? Sí, repito, ¿puede haber cosa más benéfica que tratar con una persona santa? Así como, ¿puede haber cosa más perjudicial y nefasta que dar con una persona entregada al mal? ¡Tanto bien y tanto mal podemos hacer a la humanidad cuanto nos dejemos modelar por la acción del Espíritu Santo!

¡Cierto! Porque tan conexas dejó Dios nuestra existencia a la suya, que, cuando el Espíritu logra retornarnos a la pureza de nuestro Origen, nuestro amor se convierte en expresión

del suyo. Y cuando nos dejamos poseer por él plenamente, su paz, su bondad, su comprensión, la atracción de su Ser divino, la expresará él a través de nuestra persona, que se convertirá como en agente de su presencia benéfica en el mundo a favor de los demás. Sí, cuanto mejor sepamos morir a lo efímero, mejor sabremos vivir para los hermanos. Cuanta más altura adquiera nuestro espíritu, más les arrastraremos hacia Dios, Bien Supremo y Causa de felicidad, y mejor les serviremos.

En cambio, si nos cerramos a la acción del divino Espíritu, a su exigencia santificadora, quedaremos encerradas en nuestro propio egoísmo, y estaremos elaborando nuestro propio hundimiento, y quizá también el de los demás. Pensad. Si Dios al crearnos quiso entrar con nosotros en esa relación de amistad, dejando su Espíritu en el nuestro, decidme, ¿qué sucedería ahora si por falta de generosidad colapsáramos esta vinculación? Es necesario pensar en esto para hacernos responsables de las consecuencias tan funestas que protagonizaríamos. Porque si el Padre ama creando, y Jesús redimiendo, el Espíritu Santo ama santificando. Y si nos cerramos a su *acción* santificadora, estamos impidiéndole que nos ame. ¡Qué triste! Sí, qué triste vivir sin el amor santificador del que es Causa del nuestro. Sería nuestra destrucción espiritual. ¡Oh, sí, cuánto necesitamos ser fieles al divino Espíritu!

Que nos mueva el impulso del Espíritu divino, para que seamos expresión viva de su amor, porque sólo su amor puede modelar nuestra nueva creación con perfección, hasta llevarla al amor perfecto.

¿Qué mejor empleo podemos dar a nuestro tiempo? ¿Qué mejor negocio podemos emprender que este mismo que comenzó el Padre con nuestra creación? Él nos lo entrega ahora por medio del Espíritu y quiere que lo llevemos en sociedad con él. Y en sociedad disfrutemos las ganancias, que serán todas nuestras. Pues que el Espíritu Santo no puede tener otra que la de consumir nuestro pecado y sanar nuestro egoísmo. Trabajo que él tiene por ganancia.

¡Qué buen cambio! ¡Poder despegarnos de lo efímero y apegarnos al Estable! ¡Poder alejarnos de lo caduco para acercarnos al Eterno! ¡Poder reconocer la transitoriedad de las cosas para mejor saber reconocer y experimentar la hermosura de Dios! ¡Qué buen negocio, pues que para hacernos ricas de valores de eternidad el Espíritu Santo sólo nos pide que nos dejemos liberar, con su unción santa, de la herrumbre y corrupción temporal! ¡Oh, qué buen negocio pedirle al Padre sus “besos” divinos! ¡Qué buen negocio dejarnos amar por él!

Sí, pidamos al Espíritu Santo con las mismas voces de la Iglesia, nuestra Madre. Digámosle:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas,
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tu le faltas por dentro;

mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía el que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

¡Ven, ven, ven, sí, Espíritu divino, ven y besa nuestra alma y besa a nuestro mundo con los besos de la boca del Padre! Ven a enseñarnos a no llamar “vida” lo que es “muerte”: el pecado, el egoísmo. Ven a enseñarnos a no llamar “muerte” lo que es “vida”: la participación en la *Kénosis* de Cristo. Ven a enseñarnos que es mejor dejarnos dominar por los demás que dominarles (Mt 20,27-28). Que es mejor sembrar paz a costa de una misma, que discordia (Mt 5,9). Que es mejor reconocer e impulsar las capacidades de los demás, que las propias (Mt 5,3). Que es mejor dejarse herir, que ser violentos (Mt 5,4). Que es mejor aguantarlo todo, creerlo todo, disculparlo todo, que imponer la propia resistencia (1 Cor 13,4-7).

Pero nos preguntamos, ¿cómo haremos todo esto, cómo aprenderemos a hacerlo? Hay un camino cierto, el de la *cooperación* a la *acción* amorosa del Espíritu. ¿Qué hacer para que el Espíritu Santo pueda sanar nuestra mente y nuestra voluntad?

Si para el crecimiento humano se nos hace indispensable el alimento, para sanar nuestra mente y nuestra voluntad se nos hace imprescindible alimentarnos de Dios, y eso lo hace el Espíritu Santo impulsándonos u ofreciéndonos los Sacramentos, especialmente el de la Reconciliación y el de la Eucaristía, y moviéndonos a hacer oración, a leer la Palabra de Dios y a otras obras de piedad necesarias para alimentar una vigorosa y sana vida interior, que es donde crece y se desarrolla la vida de Dios que nos retorna a la santidad perdida, a la vivencia del amor purificado de egoísmo, al ejercicio de las demás virtudes teológicas y morales.

¿Y cómo lleva el divino Espíritu este impulso santificador? Recordemos la imagen del padre besando el pecho de su hijito. Ya dijimos allí que lo hace con una ternura infinita, acompañando nuestro crecimiento espiritual y el desarrollo de nuestras capacidades espirituales paso a paso, como una madre, ya que él es la Causa de nuestra vida junto con el Padre y el Verbo de Dios. Y porque es la Causa de nuestro amor no quiere dejarlo morir asfixiado por nuestro egoísmo.

Pero, ¡cuántas veces no le entendemos! Y cuando nos exige su acción santificadora contrariar nuestras satisfacciones y tendencias desordenadas, le damos la espalda dejando el trabajo de la propia santificación. Y aunque por suerte nuestra él no nos deje y trate de orientar su acción santificadora por otros modos para introducirnos en su mente de santidad, ¡cuántas santidades se pierden, enredadas en el propio egoísmo y desorden!

¿Es que preferimos vivir ahogándonos en el mundo de nuestro desorden, esclavas de las propias apetencias que siempre nos dejan insatisfechas, antes de renunciarnos y, por la fidelidad al Espíritu, vivir el amor puro de nuestra creación? ¡Oh, si el divino Espíritu no nos amase con ternura infinita!, ¿dónde iríamos a parar? Pero sí, él siempre más grande que nuestra torpeza, y a pesar de ella, sigue buscando incansablemente hacernos retornar a la santidad de nuestra creación

con amor eterno. Respondámosle, pues necias seremos si no vemos con claridad cómo nos conviene entregarnos a esta acción divina del Espíritu. ¿No vemos que Dios nos ha creado para esto y que no conseguirlo es frustrar nuestra existencia? ¡Sólo la fidelidad al divino Espíritu nos salva del fracaso de nuestra personalidad espiritual!

Éste es su trabajo. Éste es el trabajo que el Santificador lleva en nosotras si cooperamos a su acción. ¡Ésta es nuestra plenitud humana y espiritual, nuestra edad adulta! ¡Así hemos de ser! ¡Personas espirituales! Pues que, según nos dice el Apóstol: “Los que son según la carne piensan en las cosas carnales; mas los que viven según el espíritu, en las espirituales... pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros” (Rom 8,5-9). ¡Que habite! ¡Esto es lo que deseamos, esto es lo que pedimos, que el beso de la boca del Padre habite en nosotros! Para esto recibimos el Bautismo, aunque lograrlo conlleve tanta renuncia como nos pide el Evangelio. Elijamos, pues, elijamos vivir en Dios y alimentarnos de Dios, ¡porque podemos!

Y así veremos, por ejemplo, que la humillación, la mortificación y la renuncia de la propia voluntad transforman nuestra soberbia y prepotencia en servicio y bondad hacia los demás. Veremos cómo el fracaso y la incomprensión son fuerzas vivas para nosotros, energías espirituales, santificadoras que nos ayudan a “ser”, porque nos despegan y desnudan nuestro afecto de cuanto es caduco, transitorio, efímero, y nos establecen en lo verdadero y estable, en Dios.

Veremos que la muerte a una misma, al propio egoísmo y sensualidad, es para nosotros la resurrección, porque es vivir la vida en el espíritu, en el de Jesús, en el que ha dicho: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”. Y nos dice que “estas palabras son fieles y veraces, y que está ya hecho, porque él es el Alfa y la Omega”. Es decir, las humillaciones, la renuncia y la mortificación; el fracaso, las incomprensiones y la muerte al propio egoísmo y sensualidad, son vida para nosotras, porque “ya está hecho así”, ya está transformado por Cristo que es el Alfa y la Omega, el principio y fin de las cosas, de todo. Está transformada la humillación desde que él se humilló (Flp 2,5-11) y la convirtió en ejemplo de vida. Igualmente la mortificación y renuncia (Mc 8,31-38). Está transformada la incomprensión, el fracaso y la muerte, en vida, porque para Cristo la Cruz no fue figura de muerte, sino de vida, pues en ella nos redimió (Mc 9,31s).

Que quien nos vea pueda decir que, en todo cuanto hacemos, pensamos, deseamos y miramos y amamos, nos alienta el Espíritu Santo, el espíritu de santidad de Cristo Jesús, el que a él le alentó.